



**Azorin**

## **Ese es Cervantes**

Destino, 12-V-1945

Sí, ese es Cervantes, ese es Cervantes, el Cervantes del retrato que posee el Marqués de Casa Torres. Y ese Cervantes nos está mirando al soslayo, y nos dice: "Me tenéis un poco olvidado, no me atrevo a decir que me tenéis preterido: pero esa es la verdad. No sé lo que repulsáis en mi obra, mi obra capital, no tenéis en cuenta que esa obra es proteica, es distinta según la edad a que se lea, según quien la lea, según el estado de ánimo con que se lea, según la condición del hombre que la lea, según el ambiente en que se lea. Pero, ¿para qué voy a cansaros? Vosotros, los escritores, puesto que a vosotros me refiero, lo sabéis tan perfectamente como yo. No quiero reprocharos nada, no serán mis quejas clamorosas, cuando en un "Viaje del Parnaso" me quejé, lo hice discretamente. En lo que más ahiné, fue en la postergación de que me hicieron víctima los Argensolas. Todo eso ya pasó, aquí estoy ahora, en vuestra presencia, en este retrato, mirándoos como me estáis mirando. Y quiero que volváis a mí: pero que volváis de todo corazón, como se vuelve a la amistad de un amigo a quien se tenía olvidado. Se le tenía olvidado, voluntariamente, por mala interpretación de unas palabras suyas, o de un libro que se juzga de modo diverso a como debe ser juzgado. Ya veis que en la mirada tengo una veladura de melancolía: melancolía, no causada por mis angustias, las que paso en mi antigua y lóbrega posada, como yo he dicho también en ese Viaje, sino por la visión de los extravíos humanos, para los que procuro ser comprensivo y tolerante". Cervantes suponemos que nos habla de este modo y que nos sonrío, sus ojos dice él en su autorretrato que son "alegres": pero aquí en esta pintura, los estamos viendo tristes; no ostensiblemente tristes, sino con un empañamiento de tristeza. El mismo Cervantes acaba de hablarnos de su melancolía, y debemos insistir en este rasgo fundamental de su epopeya. El nuevo retrato de Cervantes está todo él en la mirada. Ante este Cervantes, Ignacio Zuloaga ha exclamado: "¡Qué expresión tiene!".

Han sido descubiertos varios retratos de Cervantes; el penúltimo es de una inexpresividad descorazonadora: aparte de ser una obra artística mediocre. Y nos quedamos cortos al aplicarle este vocablo de mediocre. No puede ser nadie más que Cervantes el personaje del actual retrato: contamos con retratos de Lope, Quevedo, Góngora. Si no tuviéramos retratos de estos hombres y hubiéramos de atribuir a alguno de tales escritores el retrato en cuestión, no vacilaríamos en afirmar que el retratado en esta pintura no puede ser ni Quevedo, ni Lope, ni Góngora. No corresponde la expresión de este retrato a ninguno de estos escritores. ¿De qué modo ver a Quevedo, duro, pujante, impetuoso, en la faz bondadosa y levemente irónica del Cervantes aquí retratado? ¿Y cómo ver en estas facciones la petulancia, la ligereza y la desenvoltura de Lope? Y en cuanto a los políticos de la época, ninguno de ellos se aproxima a la expresividad que tenemos delante. Vamos repasando mentalmente unos y otros personajes coetáneos de Cervantes, y a ninguno, sino a Cervantes, corresponden estas facciones. ¿Y por qué Cervantes no puso su retrato al frente de alguna de sus obras? Pudo hacerlo sin necesidad de que Jáuregui pintara su retrato: hubiera bastado con un dibujo. Lope se ha retratado de todos los modos: ya joven, ya viejo, ya altivo, ya contrito. En el Isidro, una de las primeras ediciones de este poema, figura un Lope barbiagudo, con bigotes retorcidos, de afilada cara y ojos casi provocativos. Cervantes no ha querido que veamos su retrato en sus libros. No lo haría ciertamente por modestia: Cervantes no es modesto, sin que ello implique altanería. Cervantes mismo, en El Viaje del Parnaso, nos dice que gusta de los elogios. Todos cuantos escribimos gustamos de los elogios, aunque no lo digamos: la cuestión está en que el elogio sea discreto y exacto. Los elogios son, por lo general, cualidades que son secundarias -o nulas- en nuestras obras; se elogia sin saber lo que se elogia. ¿Se desprende de lo que dice Cervantes en el prólogo a sus Novelas ejemplares que Juan de Jáuregui pintó su retrato? ¿Quiere decir, por el contrario, que pudiera pintarlo? Seguramente lo pintó. Pues entonces, ¿por qué Cervantes no sacó de él un grabado para alguna de sus obras? ¿Desdén de la notoriedad? ¿Descuido propio de su andariega vida? ¿Y por que la indicación relativa a Jáuregui? El nombre de este pintor nos pone en la pista. Ya no podemos prescindir de considerar que Juan de Jáuregui ha pintado el retrato de Cervantes. De la ambigüedad en las palabras de Cervantes -si es que hay en ellas ambigüedad- pasamos a la certeza. No se ha cesado, desde hace casi un siglo, en buscar el retrato pintado por Jáuregui, no se ha cesado de representar a Cervantes tal como le pintara Jáuregui. Si se halla -o inventa- un retrato de Cervantes, al punto creemos que es el de Jáuregui. ¿Y que hubiera pasado si, pintando Jáuregui el retrato de Cervantes, no hubiera dicho este que Jáuregui había pintado su persona? ¿Cómo nos comportaríamos al aparecer un retrato, como el que posee el Marqués de Casa Torres? ¿Se nos ocurriría pensar que era el de Cervantes? ¿Repararíamos en que faz tal no puede corresponder sino a Cervantes? ¿Nos lo diría la metoposcopia? La metoposcopia es el arte de adivinar por el rostro el porvenir. ¿Adivinaríamos el porvenir de este efigiado, el porvenir con su pretérito, o sea, toda la vida de Miguel de Cervantes? Quiero creer que un misterioso efluvio emanado de la pintura -el efluvio de que nos sentimos embargados ahora- nos advertiría que este desconocido es Cervantes. Esa mirada de Cervantes en el retrato misterioso, no se aparta de nosotros. La sentimos que nos circuye, como un halo, como un nimbo, cuando ya nos hemos desviado de la pintura.

¿Y cuál es el momento en que imaginamos a Cervantes más Cervantes? ¿Cuál aquel que corresponde más a este retrato? Vemos a Cervantes sentado en la piedra de un camino; está un poco cansado de su deambulación en busca de buena fortuna. Lo vemos en el camaranchón de una venta manchega, en que hay una cama de bancos, la misma cama, con cuatro anchas tablas, en que nos hemos acostado, en una casa rústica de Levante. Lo

vemos, en fin, en un patio andaluz, donde todo es silencio, pero Cervantes ha de poblarlo luego con la gazapina de Monipodio y sus amigos. El patio será un dechado de limpieza y de orden: concordes con este aseo, los amigos del dueño de la casa -y el dueño mismo, Monipodio- estarán sujetos a una estrecha observancia; se tratarán mutuamente con lealtad; se castigarán severamente las transgresiones a la rigurosa ordenanza; transpirará acaso en la pintura del patio y sus moradores, un dejo de simpatía. ¿Simpatía por la condición de los personajes? De ningún modo; simpatía por la inseguridad, por la zozobra, por el no saber del mañana: condiciones todas que son las de Cervantes. Desde su retrato, Cervantes nos está mirando, un tantico ladeado. Adivina nuestros pensamientos y espera que hablemos. ¿Qué le vamos a decir a Cervantes? ¿Le diremos que nuestra intranquilidad, como escritores, es su intranquilidad? ¿Le diremos que solo tenemos, como él, la noche y el día?

Azorin

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

